

«de que haya un ser». En su libertad de sentimientos, completamente meridional, entraba la inclinación á defenderse contra la «confianza absoluta», y en lo íntimo de su corazón conservaban siempre una brizna de escepticismo contra todo, fuera Dios, hombre ó idea. El filósofo antiguo va todavía más lejos: *Nil admirari*. En esta frase se compendia toda una filosofía. Un alemán, Schopenhauer, llega á la conclusión contraria: *Admirari est philosophari*. ¿Qué ocurrirá si el alemán, como sucede algunas veces, llega á ese estado de ánimo en que es capaz de grandes cosas, si llega la hora excepcional, la hora de la desobediencia? No doy la razón á Schopenhauer cuando dice que la única ventaja de los alemanes sobre los demás pueblos consiste en que hay entre aquellos más ateos que en las demás partes; pero lo que sé es que cuando un alemán se encuentra en situación de ser capaz de grandes cosas, *se eleva siempre por encima de la moral*. ¿Por qué no ha de hacerlo? En tales casos, se encuentra en disposición de hacer algo nuevo, es decir, de mandar, á sí mismo ó á los demás. Y mandar es lo que no le ha enseñado la moral alemana. El arte de mandar ha sido olvidado.

LIBRO CUARTO

208. *Caso de conciencia*. — En resumen: ¿qué queréis de nuevo? No queremos que las causas sean pecados y los efectos verdugos.

209. *Utilidad de las más rígidas teorías*. — Somos indulgentes con las debilidades morales del hombre y las pasamos por una criba de grandes agujeros, á condición de que confiese su fe en una moral severa. Por el contrario, se mira con microscopio la vida de los moralistas de espíritu libre, con la secreta idea de que un mal paso en la vida sería el mejor argumento contra una profesión de fe peligrosa.

210. *Lo que es «en sí»*. — Antes se indagaba: ¿qué es lo que nos hace reír? como si hubiese fuera de nosotros mismos cosas que tuvieran la propiedad de provocar la risa, y se devanaban los sesos los hombres para imaginar qué cosas serían. (Hubo un teólogo que supuso que era «la ingenuidad del pecado».) Ahora lo que se pregunta es: «¿Qué es la risa? ¿Cómo se produce la risa?» Meditando más, se ha llegado á la conclusión de que no hay nada bueno, nada hermoso, nada sublime, sino estados espirituales, que nos hacen dar á las cosas exteriores esos calificativos. Hemos retirado á las cosas tales atributos, ó al menos nos hemos acordado

de que no habíamos hecho más que prestárselos; cuidemos de que esta convicción no nos haga perder la facultad de prestar, y guardémonos de volvernos á la vez más ricos y más avaros.

211. *A los que sueñan con la inmortalidad.*—¿Deseáis la duración eterna de la conciencia de vosotros mismos? ¿No os da vergüenza? ¿Os olvidáis de todas las demás cosas que, por su parte, tendrían que soportaros por toda la eternidad, como hasta ahora os vienen soportando con resignación más que cristiana? ¿O es que creéis que el veros las proporciona un sentimiento de bienestar eterno? Un solo hombre inmortal bastaría para inspirar á todo lo demás que existiera á su alrededor en la tierra tal repugnancia, que originaría una verdadera epidemia de suicidios. Y vosotros, miseros habitantes de la tierra, con vuestras pequeñas representaciones de algunos miles de minutos en el tiempo, ¿querriais ser una carga eterna para la eterna existencia? ¿Puede haber cosa más absurda? Pero, seamos indulgentes con un ser de setenta años. No ha podido ejercitar su imaginación en la pintura de lo que sería su aburrimiento eterno. ¡Le ha faltado tiempo para ello!

212. *En qué nos conocemos.*—En cuanto un animal ve otro, se mide con él en su interior, y lo mismo hacían los hombres en las épocas salvajes. De ahí se infiere que cada hombre, casi sin excepción, no aprende á conocerse más que con relación á su fuerza ofensiva y defensiva.

213. *Los hombres de vida fracasada.*—Algunos hombres son de tal condición, que la sociedad puede hacer con ellos lo que quiera: de cualquier modo se encontrarán

bien, y no se les ocurrirá quejarse de que su vida haya fracasado. Otros están hechos de una materia demasiado especial — no es necesario que sea una materia particularmente noble, basta con que sea más noble que la de los otros — para que les sea posible dejar de sentir malestar, salvo un solo caso: el de que puedan vivir con arreglo á los únicos fines que les es posible tener. Todo lo que al individuo se le representa como una vida fracasada, poco afortunada, todo el peso del desaliento, de la impotencia, de la enfermedad, de la irascibilidad, de los apetitos, lo descarga sobre la sociedad, y así se forma alrededor de ésta una atmósfera viciada y espesa, ó en el caso más favorable, una nube de tempestad.

214. *¿De qué sirven las consideraciones?*—Pedis y exigís que seamos indulgentes para con vosotros, cuando vuestro dolor os vuelve injustos con las cosas y con los hombres. ¿Qué importan las consideraciones que tengamos? Deberíais ser más circunspectos por vosotros mismos. ¡Buena manera de indemnizarse de un padecimiento la de inferir un daño á su propio juicio! Contra vosotros mismos se vuelve vuestra venganza cuando desacreditáis alguna cosa. Alteráis vuestra vista y no la de los demás. Os habituáis á *ver falsamente y al revés.*

215. *La moral de las víctimas.*—«Sacrificarse con entusiasmo», «inmolarse á sí mismo», son los *clichés* de vuestra moral y concedo de buen grado que habléis con franqueza, como decís; pero os conozco mejor que os conocéis vosotros, si vuestra buena fe es capaz de caminar de la mano con semejante moral. Contempláis desde su altura aquella otra moral sobria que

exige el dominio de sí mismo, la severidad, la obediencia; llegáis hasta llamarla egoísta, y en verdad — sois sinceros con vosotros mismos al decir que os desagrada — es forzoso que os desagrade. Al sacrificaros con entusiasmo, al inmolaros vosotros mismos, gozáis con embriaguez la idea de que os fundís en uno con el poderoso, sea Dios ú hombre, á quien os consagráis; saboreáis el sentimiento de su poder, que viene á confirmarse de nuevo por medio de un sacrificio. En realidad, no os sacrificáis más que en apariencia; vuestra imaginación os convierte en dioses, y gozáis de vosotros mismos como si dioses fuerais. Apreciada desde el punto de vista de este goce, ¡cuán floja y pobre os parece esa moral *egoísta* de la obediencia, del deber, de la razón!; os disgusta porque en ella hay que sacrificar é inmolar verdaderamente sin que el sacrificador tenga como vosotros la ilusión de convertirse en Dios. En una palabra, apetecéis la embriaguez y el exceso, y esa moral, despreciada por vosotros, se opone á la embriaguez y al exceso. Me explico que os desagrade.

216. *Los malos y la música.*— La total beatitud del amor que existe en la confianza absoluta, ¿les habrá tocado en suerte á otras personas que á aquellas que son profundamente desconfiadas, malignas y biliosas? Estas gozan en esa beatitud de la formidable excepción de su alma, excepción que les parece increíble y en la cual no habían creído jamás. Un día surge para ellos, como una aparición, un sentimiento sin límites, que se destaca de todo el resto de su vida secreta y de su vida visible, como un delicioso enigma, como una maravilla centelleante de oro, que excede de todas las palabras y todas las imágenes. La confianza absoluta hace enmudecer: hay hasta una especie de padeci-

miento y de pesadez en ese bienhechor mutismo; por eso tales almas, oprimidas por la felicidad, sienten generalmente más agradecimiento hacia la música que todas las demás, que todas aquellas que son mejores, pues al través de la música ven y oyen, como entre tornasolada nube, su amor que se vuelve más lejano, más conmovedor y menos material. La música es para ellos el único medio de ser espectadores de su indole extraña, y de recrearse en su propio aspecto, con una especie de lejanía y de aligeramiento. Todo hombre que ama, piensa al escuchar la música: «habla de mí, habla en mi lugar, ¡lo sabe todo!»

217. *El artista.*— Los alemanes quieren ser transportados por el artista á una especie de pasión soñada; los italianos quieren que les proporcione un descanso para sus pasiones verdaderas; los franceses, una ocasión de demostrar su buen juicio, y un pretexto para discursos. ¡Seamos equitativos!

218. *Conducirse como un artista con sus debilidades.*— Si es forzoso que tengamos debilidades y que las reconozcamos como leyes superiores á nosotros, deseo á cada cual suficientes aptitudes artísticas para saber dar relieve á sus virtudes por medio de sus debilidades, de suerte que con sus debilidades nos haga amables sus virtudes. ¡Esto es lo que los grandes músicos han sabido hacer en grado excepcional! En la música de Beethoven, hay muchas veces un tono grosero, ergotista, impaciente; en Mozart, una alegría de hombre honrado, que satisface al corazón y al espíritu en Riccardo Wagner, una inquietud fugitiva é insinuante, que al más paciencioso le pone á punto de perder el buen humor, en el momento en que el compositor re-

cobra su fuerza, como sucede con los demás. Todos ellos han creado en nosotros, con sus debilidades, un hambre devoradora de sus virtudes y una lengua diez veces más sensible á cada gota de ingenio sonoro, de belleza sonora, de bondad sonora.

219. *La superchería en la humillación.*—Has causado con tu sinrazón un pesar infinito á tu prójimo, y has destruido irremediamente una felicidad. Entonces vences tu vanidad y vas á humillarte ante la víctima; sacrificas ante ella tu sinrazón al desprecio, y te imaginas que después de esta escena difícil, extremadamente penosa para ti, todo queda arreglado, que el menoscabo voluntario de tu honor compensa el menoscabo involuntario de la dicha de otro; penetrado de este sentimiento te alejas, satisfecho con la convicción de haber recobrado tu virtud. Pero el otro conserva el profundo dolor que sentía antes, pues no hay nada de consolador para él en el hecho de que tú hayas cometido una sinrazón y se lo hayas dicho; hasta se acuerda del espectáculo penoso que le has ofrecido, despreciándote delante de él, como de una nueva herida que te debe; con todo, no piensa en la venganza, y no comprende cómo podría haberse desvanecido la ofensa entre él y tú. En el fondo, tú has representado la escena ante ti mismo y para ti; habrás invitado á un testigo, pero en interés tuyo, no por él; no te engañes á ti mismo.

220. *La dignidad y el temor.*—Las ceremonias, las costumbres de aparato y dignidad, los semblantes serios, los aires solemnes, los discursos rimbombantes y todo lo que en general se llama dignidad, constituyen la manera de considerar las cosas propia de los que

llevan el temor en el fondo de sí mismos, y quieren de este modo inspirar miedo (de sí mismos, ó de lo que representan). Los que no tienen miedo, es decir, los que son siempre y sin duda alguna terribles, no necesitan de dignidad ni de ceremonias; con sus palabras y sus actitudes sostienen el buen nombre, y más frecuentemente aún el malo, de la honradez y la lealtad, para indicar que tienen conciencia de su carácter imponente.

221. *Moralidad del sacrificio.*—La moralidad que se mide por el espíritu de sacrificio, es la del semisalvajismo. La razón debe alcanzar una victoria difícil y sangrienta en lo interior del alma; tiene que sojuzgar terribles instintos contrarios, y esto no puede hacerse sin una especie de crueldad, como los sacrificios que exigen los dioses caníbales.

222. *Cuándo hay que desear el fanatismo.*—No se puede entusiasmar á las naturalezas flemáticas más que fanatizándolas.

223. *El ojo que se teme.*—Lo que más temen los artistas, poetas y escritores, es un ojo que descubra las menudas supercherías del oficio, que se dé cuenta de una ojeada de si han llegado ó no á la meta, antes de entregarse al placer pueril de glorificarse á sí mismos ó de caer en fáciles efectos. El ojo que comprueba las cosas mínimas que quieren vender demasiado caras, que ve si han procurado exaltarse y pavonearse sin estar en realidad exaltados; el ojo que detrás de los artificios del arte descubre el pensamiento tal como se les presentó á ellos primeramente; acaso como una encantadora y luminosa aparición, pero acaso

también como algo que pertenece á todo el mundo, como un pensamiento cotidiano que tuvieron que desleir, que escorzar, que colorear, que desarrollar y que salpimentar para hacer de él algo, en vez de ser el pensamiento quien los levanta á ellos. ¡Temible es ese ojo que ve en vuestra obra toda vuestra inquietud, vuestro espionaje, vuestra ambición, vuestra imitación y vuestra exageración (que no es más que una imitación envidiosa), que percibe el rubor de vuestra vergüenza lo mismo que el artificio con que ocultáis ese rubor y le dais otro sentido ante vosotros mismos!

224. *Lo que hay de edificante en la desgracia del prójimo.*—Un hombre es desgraciado y acuden las gentes compadecidas y le pintan su desgracia. Cuando se van, al cabo, satisfechas y edificadas, se han saciado del espanto del desdichado, como si se tratara de su propio espanto, y han pasado una buena tarde.

225. *El medio de ser despreciado enseguida.*—El hombre que habla muy de prisa y mucho, decae extraordinariamente en nuestra estimación, tras las relaciones más breves, y aun concediendo que hable sensatamente; y no sólo decae en la misma medida en que nos importuna, sino mucho más bajo. Es que adivinamos que ha importunado ya á muchas personas, y al desagrado que nos causa sumamos los demás desagradados que suponemos que antes ha causado.

226. *De las relaciones con las celebridades.*—A. ¿Por qué huyes de ese gran hombre? B. Porque no quisiera juzgarle mal. Nuestros defectos no se amoldan; yo soy miope y desconfiado, y él luce lo mismo sus diamantes falsos que sus diamantes verdaderos.

227. *Encadenados.*—Desconfiad de los espíritus encadenados. Por ejemplo, de las mujeres inteligentes á quienes su destino ha confinado en un ambiente mezquino y estrecho, en el cual envejecen. Están echadas al sol, perezosas y medio ciegas en apariencia; mas cada paso de un extraño, cada accidente imprevisible, les hace estremecerse y enseñar los dientes. Se vengan de todo el que ha sabido escapar de su madriquera.

228. *La venganza en el elogio.*—Leéis una página llena de elogios y la calificáis de vulgar; pero si adivináis que hay una venganza escondida detrás de los elogios, hallaréis que esa página es demasiado sutil, y os divertiréis al ver cómo abunda en figuras atrevidas y en rasgos de ingenio. No es el hombre mismo quien es tan sutil y tan rico en inventiva; es su venganza, y apenas se da cuenta de ello.

229. *Orgullo.*—¡Ay! Ninguno de vosotros conoce el sentimiento que experimenta el atormentado después del tormento, cuando le vuelven al calabozo con su secreto dentro, con su secreto que conserva todavía entre los dientes. ¿Cómo queréis conocer el júbilo del orgullo humano?

230. *Utilitario.*—Los sentimientos se confunden de tal manera en los negocios morales, que á un hombre se le demuestra una moral por su utilidad, y á otro se le refuta también atendiendo á su utilidad.

231. *La virtud alemana.*—¡Cuánto ha tenido que degenerar un pueblo en sus gustos, cuánto ha tenido que rebajarse con sentimientos de esclavo delante de las

dignidades, las castas, las costumbres, la pompa y el aparato, para considerar lo *sencillo* como *malo*, al hombre sencillo—*schlicht*, como hombre malo—*schlecht*! Al orgullo moral de los alemanes hay que contestarle siempre con esa palabrita «malo», y nada más.

232. *En una discusión.*—A. Amigo, te has puesto ronco á fuerza de hablar. B. Me declaro vencido, no hablemos más.

233. *Los hombres de conciencia.*—¿Habéis reparado quiénes son los hombres que dan mayor importancia á la conciencia más rígida? Los que conocen mucho los sentimientos más ruines, piensan en sí mismos con temor y tienen miedo de los demás; los que quieren ocultar sus interioridades todo lo posible. Tratan de imponerse á sí mismos con esa severidad de conciencia y ese rigor del deber, persiguiendo de ese modo la impresión severa y rígida que los demás (especialmente sus subordinados) deben de experimentar.

234. *El miedo á la gloria.*—A. Se da el caso de que alguno evite su propia gloria, de que alguien hiere voluntariamente á los que le ensalzan, de que alguien tema oír los juicios que de él se forman por miedo al elogio, se dan casos de éstos, ¡creedlo ó no lo creáis! B. ¡Se dan casos, joven arrogante!

235. *Rechazar las gracias.*—Podemos negarnos á acceder á una súplica, pero no tenemos derecho á rechazar las manifestaciones de gratitud (ó lo que es lo mismo, aceptarlas fríamente como por compromiso). Esto ofende profundamente, ¿y á qué ofender?

236. *Castigo.*—¡Qué extraña es nuestra manera de castigar! No purifica al criminal, no es una expiación; por el contrario, degrada más que el mismo crimen.

237. *Un peligro en los partidos.*—En casi todos los partidos hay un pesimismo ridículo, pero que no carece de peligro. Le padecen aquellos que fueron durante muchos años los defensores fieles y venerables de la opinión de su partido, y advierten un día de repente que otro más poderoso que ellos se ha apoderado de la trompeta. ¿Cómo sufrir el quedar reducidos al silencio? Por eso se ponen á hablar alto, y á veces dan notas nuevas.

238. *La aspiración á la elegancia.*—Cuando un carácter vigoroso no tiene inclinación á la crueldad ni se ocupa siempre en sí mismo, aspira involuntariamente á la elegancia, lo cual es una señal distintiva. Los caracteres débiles gustan, por el contrario, de los juicios duros, se asocian á los héroes del desprecio á la humanidad, á los calumniadores de la vida, religiosos ó filosóficos, ó bien se escudan detrás de la severidad de las costumbres. De este modo procuran crear un carácter y una especie de vigor. Y esto también lo hacen involuntariamente.

239. *Aviso á los moralistas.*—Nuestros músicos han hecho un gran descubrimiento. Han descubierto que la fealdad interesante cabe también en su arte. Por eso se lanzan con entusiasmo en el océano de la fealdad, y de ese modo han hallado el medio más fácil de escribir música. Al presente se consigue imponer un fondo de color sombrío, en que el rayo luminoso de la hermosa música, por tenue que sea, se viste con el

brillo del oro y la esmeralda; se tiene la osadía de provocar en el auditorio la tempestad y la repulsión, y de ponerle fuera de sí, para darle en seguida, en un instante de aplanamiento y de apaciguamiento la impresión de beatitud que predispone para saborear la música. Se ha descubierto el contraste. Los efectos más potentes son posibles y están al alcance de todas las fortunas. Nadie se preocupa ya de la buena música. Pero hay que aprovechar el tiempo, pues á todo arte que llega á hacer este descubrimiento, le queda muy poco tiempo de existencia. ¡Si nuestros pensadores tuvieran oídos para escuchar en medio de la música lo que pasa en el alma de nuestros músicos! ¡Cuánto tiempo habrá que esperar antes de que se presente otra ocasión semejante para sorprender al hombre interior *in fraganti* de una mala acción cometida inocentemente! Porque nuestros músicos están muy lejos de sospechar que ponen en música su propia historia, la historia del afeamiento del alma. Antaño, un buen músico tenía que volverse bueno casi á la fuerza, por virtud de su arte. ¡Pero ahora...!

240. *La moral en la escena.*—Se engaña el que crea que el efecto producido por el teatro de Shakespeare es moral y que el espectáculo de Macbeth cura radicalmente la ambición, y se engañaría por segunda vez si se figurase que Shakespeare pensaba de la misma manera que él. El que se halla verdaderamente poseído de una ambición furiosa ve con deleite aquella imagen de sí mismo, y cuando el héroe del drama perece á causa de su pasión, da el estímulo más picante al ardiente licor de aquel deleite. ¿Se inspiró el poeta en otros sentimientos? El ambicioso que presenta corre hacia su fin, regiamente, sin be-

llaquería alguna, desde que el crimen queda consumado. Desde aquel instante es cuando tienta *diabólicamente* é incita á la imitación á los caracteres semejantes á él—diabólicamente quiere decir aquí: en rebeldía contra la conveniencia y la vida, en beneficio de una idea y de un instinto.—¿Creéis que Tristán é Iseo son un ejemplo contra el adulterio, por el hecho de que el adulterio sea causa de que perezcan ambos? Sería alterar el sentir de los poetas, de los poetas como Shakespeare, enamorados de la pasión en sí, y no menos enamorados de la predisposición á la muerte que engendra; estado en que el corazón no tiene más apego á la vida que la gota de agua al vaso en que se contiene. Lo que les interesa no es la culpa ni sus malas consecuencias. Lo mismo Shakespeare que Sófocles (en *Ajax*, *Filoctetes*, *Edipo*), huyeron deliberadamente de convertir la falta en palanca del drama, cuando les habría sido tan fácil. Tampoco el poeta trágico con sus imágenes de la vida quiere indisponer á los hombres con la vida. Lo que enseña, por el contrario, es lo siguiente: «Esta existencia agitada, tornadiza, peligrosa, sombría, y á veces ardientemente soleada es el encanto de los encantos. Vivir es una *aventura*; tomad el partido que queráis, siempre conservará este carácter.» Así es como habla el poeta trágico en una época inquieta y vigorosa, ebria casi y asombrada de su exceso de sangre y de energía, en una época mucho peor que la nuestra. Por eso nosotros necesitamos adaptarnos cómodamente el fin de un drama de Shakespeare, es decir, necesitamos no comprenderle.

241. *Temor é inteligencia.*—Si es verdad, como se afirma ahora explícitamente, que la luz no es la causa del pigmento negro de la piel, este fenómeno podría ser

acaso el último efecto de los frecuentes accesos de ira acumulados durante siglos (y de la afluencia de la sangre á la piel). En otras razas más inteligentes, el fenómeno de la palidez y del susto, tan frecuente como aquél, ¿habrá acabado por producir la coloración blanca de la piel? Porque el grado de temor es una de las medidas de la inteligencia y el hábito de entregarse frecuentemente á una ira ciega es la señal de que se está cerca de la animalidad y de que ésta podría sobreponerse todavía. Acaso el color primitivo del hombre fué un gris moreno, un color que tuviera algo del mono y del oso, como es de razón.

242. *Independencia.*—La independencia (llamada libertad de pensamiento en su mínima dosis) es la forma de abdicación que acaba por aceptar el espíritu de dominación, cuando busca por largo tiempo algo que dominar y no encuentra más que á sí mismo.

243. *Las dos corrientes.*—Si consideramos el espejo en sí, no hallamos más que los objetos que refleja. Si queremos apoderarnos de esos objetos tornamos á ver el espejo y no más. Esta es la historia general del conocimiento.

244. *El deleite que nos causa la realidad.*—La inclinación actual á hallar placer en la realidad—de ella participamos casi todos—no puede explicarse de otra manera que admitiendo que nos hemos deleitado por mucho tiempo y hasta la saciedad en lo irrealizable. Aquella inclinación tal como se presenta ahora, sin discernimiento y sin finura, no carece de peligros. El menor de ellos es la falta de gusto.

245. *Sutileza del espíritu de dominación.*—Napoleón se parecía por hablar mal, y en este punto no se mentía á sí mismo, pero su deseo de dominación, que no perdona ocasión alguna de manifestarse, y que era más sutil que su sutil ingenio, le condujo á hablar peor de lo que debía. Así, se vengaba de su propia ira (estaba celoso hasta de sus pasiones, porque tenían poder) para gozar de su benevolencia autocrática. Después gozaba por segunda vez de esa benevolencia, en relación con los oídos y los juicios de los que le escuchaban, como si hablarles así fuese hacerles un señalado favor. Se regodeaba secretamente con la idea de desconcertar el juicio y de extraviar el gusto con el relámpago y el trueno de la más elevada autoridad—que reside en la unión del poder con el genio—mientras que en realidad, tanto su juicio como su gusto, conservaban allá en lo íntimo de sí mismo la convicción de que hablaba mal. Napoleón como tipo completo, enteramente desarrollado de un instinto único, pertenece á la humanidad antigua, la cual se distingue fácilmente por una señal: la concepción sencilla y el desenvolvimiento ingenioso de un solo motivo ó de un corto número de ellos.

246. *Aristóteles y el matrimonio.*—Aristóteles hace notar que en los hijos de los grandes genios se presenta la locura y en los hijos de los hombres señalados por la virtud, la idiotez. ¿Querría convidar con esto al matrimonio á los hombres excepcionales?

247. *Origen de los malos temperamentos.*—La injusticia y la inestabilidad que se observan en el espíritu de ciertos hombres, su desorden y su falta de moderación, son las últimas consecuencias de innumerables erro-

res lógicos, de faltas de profundidad y de deducciones prematuras de que fueron reos sus antepasados. Los hombres de buen temperamento vienen de razas reflexivas y sólidas que han elevado la razón, ya dirigiéndola á fines plausibles, ya á fines malos; esto es lo que menos importa.

248. *Simulación por deber.*—La bondad se ha desarrollado mejor á veces mediante una simulación constante que quería aparentar bondad. Dondequiera que ha habido un gran poder ha habido la necesidad de esta clase de simulación, que inspira seguridad y confianza y centuplica la cantidad efectiva de poder material. La mentira es, si no la madre, la nodriza de la bondad. Asimismo la honradez se ha formado las más de las veces por las exigencias de aparentar honradez y probidad, en la aristocracia hereditaria. Del ejercicio continuado de una simulación acaba por nacer una segunda naturaleza. La simulación, á la larga, se suprime á sí misma, y los nuevos órganos é instintos son los frutos inesperados del jardín de la hipocresía.

249. *El que nunca está solo.*—El hombre medroso no sabe lo que es estar solo. Detrás de su silla tiene siempre un enemigo. ¡Ay! Quién sabría referirnos la historia de este sentimiento sutil que se llama la soledad.

250. *La noche y la música.*—En la noche, y en la semi-oscuridad de los bosques sombríos y de las cavernas, fué donde el oído, órgano del miedo, pudo desarrollarse tanto como se ha desarrollado, gracias á la manera de vivir de la época de los terrores, es decir, de la más dilatada edad humana que ha existido. Cuando hay claridad, el oído es mucho menos necesario. De ahí el

carácter de la música, arte de la noche y de la semi-oscuridad.

251. *De una manera estoica.*—El estoico experimenta una serenidad particular cuando siente que le viene estrecho el ceremonial que él mismo ha impuesto á sus acciones; se considera dominador.

252. *Hay que tenerlo en cuenta.*—Aquel á quien se castiga no es el que ha cometido el crimen; es siempre el cabrón emisario.

253. *Evidencia.*—Triste es decirlo, pero no hay cosa que haya que demostrar con más vigor y tenacidad que la evidencia. La mayoría de los hombres no tienen ojos para ella. Y ¡es tan aburrida la demostración!

254. *Los que madrugan demasiado.*—Lo que distingue á los caracteres poéticos y es un peligro para ellos, es su imaginación, que agota las cosas de antemano: la imaginación que anticipa lo que sucederá ó podrá suceder, que goza ó padece con ello de antemano y que cuando llega el desenlace y el momento de la acción, se encuentra ya fatigada. Lord Byron, que conocía muy bien esto, escribió en su *diario*: «Si tengo un hijo, haré de él algo prosaico, abogado ó pirata.»

255. *Conversación acerca de la música.*—A. ¿Qué dices de esta música? B. No digo nada, me ha subyugado. Escucha la repetición. A. Bien, procuremos ser nosotros esta vez quienes la subyuguemos. ¿Puedo decir algunas palabras acerca de esta música y mostrarte un drama que no querías ver acaso en la primera au-